

La feria de los días

I

Es humano el intentar defenderse de las críticas adversas. Pero una actitud ciega y obstinada, estáticamente satisfecha de sí misma y, por tanto, cerrada frente a la ponderación ajena, no será nunca una actitud inteligente. El curso de la historia determina una renovación continua en los individuos, así como en la sociedad y en las instituciones por ella establecidas; y cuando tal evolución

rales. La meditación anterior me la inspiran, sin ir más lejos, los métodos y premisas que han venido gobernando nuestra vida política durante los últimos años.

III

He aquí algunos síntomas concretos, elegidos entre los más recientes, frescos aún en la memoria: Sea el primero la respuesta que el único par-

rupción dondequiera que se mire. Y todos tan contentos.

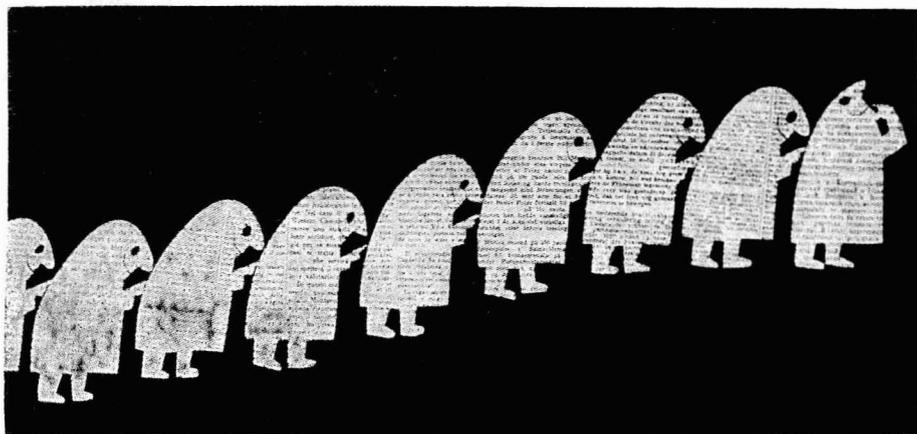
VI

Convengamos en que la política nacional padece una gran porción de crítica sin bases reales. Que muchos acostumbran pensar que México es Suiza o Noruega, y sobre tales hipótesis fincan sus improcedentes observaciones. Que los representantes del poder resultan a menudo cómodos chivos expiatorios a quienes se atribuyen responsabilidades sin discriminación racional. Que la mayoría de las censuras son unilaterales y descuidan los numerosos aspectos positivos.

VII

Pero una cosa es actuar en la realidad, y otra querer convertir la realidad en una inmutable rutina divinizada, que nadie puede tocar, ni juzgar, ni mejorar; uncida a las riendas, también inmutables, también fatales, de un sistema que se considera a sí propio inmune a la legítima vigilancia popular.

—J. G. T.



se estorba de modo artificial, desoyéndose porque sí las voces que pretenden impulsarla, los efectos, a la corta o a la larga, suelen ser catastróficos.

II

Y conste que no me guía el afán de sentar, en abstracto, principios gene-

tido político operante en México ha dado a sus diversos censores. Y el segundo, la contestación, casi idéntica, recibida por un discreto comentarista de nuestro sindicalismo.

IV

¿Que alguien señala los anacrónicos sistemas del PRI? Éste se limita a replicar, en medio de la retórica sempiterna, que todos los partidos tienen defectos, pero que, en el caso, nadie tiene derecho a solicitar su rectificación; pues la ruta, sea cual fuere, se halla trazada.

V

¿Que un dirigente sindical denuncia la corrupción en las organizaciones obreras? Otro dirigente, mucho más poderoso y estable, perpetuo aunque ya caduco, le responde que hay co-

